

familiares provinciales frente a un Estado manifiestamente débil. El «genio de la democracia caciquil», que refiriase Benedict Anderson, se enquistó en el poder ofreciendo una débil apariencia de democracia, consecuencia de la mecánica rotación de las grandes familias en las más altas estancias y de la ausencia de participación efectiva desde abajo.

Sin duda los «últimos caciques» de Inarejos, además del conocimiento que aporta sobre el momento histórico en que se emplaza la investigación, también contribuirá a entender un poco más el origen de los usos, estrategias, compadrazgos y redes clientelares de algunos de los poderes de base local de la Filipinas contemporánea.

—Roberto Blanco Andrés

IES Cardenal Pardo Tavera. Toro (Zamora)

rbaweiss@hotmail.com

MOSSE, George L., **Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales**, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016, 310 págs., ISBN: 978-84-16515-39-4.

La publicación en castellano de esta obra, todo un clásico de la historia cultural de la guerra contemporánea, es una gran noticia para la historiografía española y latinoamericana. Gracias a la traducción de Ángel Alcalde, un destacado investigador especializado en el estudio de los veteranos de guerra y los excombatientes desde una perspectiva transnacional, disponemos finalmente de este libro, publicado en su versión original inglesa en 1990. Más de dos décadas y media después, los debates generados o potenciados por él han asumido una enorme relevancia y han derivado en múltiples sentidos, tal como se analiza en el imprescindible estudio introductorio de Alcalde —y en otro artículo de su autoría publicado en el número 15 de *Pasado y Memoria*—. En pocas palabras, estamos frente un trabajo decisivo, un texto fundamental para entender la manera en que los historiadores hemos pensado y seguimos pensando las relaciones entre la

Gran Guerra, el fascismo y la Segunda Guerra Mundial.

Como toda obra clásica, no obstante, no ha estado exenta de críticas y debates. Pero antes de entrar en estas polémicas y sus implicaciones, es necesario resumir, aunque sea muy brevemente, las líneas principales del libro. Como se explica en su introducción, el propósito central de *Soldados caídos* es analizar cómo los hombres hicieron frente a la guerra moderna y las consecuencias que de ello se derivaron. En otras palabras, se propone estudiar «el encuentro con la muerte de masas» (p. 32). Para hacerlo, se basa en una perspectiva de la historia cultural de la guerra deudora de obras fundamentales publicadas antes de 1990, como las de Eric Leed, Paul Fussell, John Keegan o Modris Eksteins (de quien, por cierto, Pre-Textos tradujo su *Rites of Spring* en 2014). Asumiendo estos antecedentes, Mosse deja claro que no se propone analizar la «expe-

riencia de guerra» sino «el mito de la experiencia de guerra». La diferencia entre ambas fórmulas, como veremos, no es baladí.

El libro está dividido en tres partes. La primera se ocupa de los antecedentes de este mito durante el período comprendido entre las guerras de la Revolución Francesa hasta la Gran Guerra. Desde su punto de vista, sus bases, las del «mito de la experiencia de guerra», se establecieron antes de 1914 en un proceso en el cual el papel de los voluntarios de guerra y sobre todo la construcción de su mito como símbolo de sacrificio por la patria ocupó un lugar central tanto en términos individuales como nacionales. Por ello, Mosse rastrea cómo esta construcción cultural se fue articulando en Alemania —también, en menor medida, en Francia e Inglaterra—, a través de diversos elementos, en particular los cementerios y los monumentos de guerra. En este devenir, la guerra franco-prusiana fue fundamental para poner las bases —de manera no premeditada—, para los cementerios militares, que serían centrales durante la Primera Guerra Mundial.

La segunda parte del libro, dedicada a la Gran Guerra, analiza el papel de las juventudes europeas y su experiencia de guerra haciendo referencia a las ideas de regeneración individual y colectiva, la cuestión generacional y la importancia de la virilidad en la construcción nacional (este último tema, al que Mosse dedicó una notable importancia en los últimos años de su vida, fue una de las novedades temáticas más destacadas del libro). A partir de estos elementos, en una clara línea de continuidad con la primera parte, el autor desarrolla la construcción del mito de la experiencia de guerra a través del

culto al soldado caído. Las líneas dedicadas a la batalla de Langemarck son, en este sentido, enormemente lúcidas y sugestivas. En este proceso de construcción cultural Mosse vuelve a estudiar los cementerios militares, ahora sí ya sacralizados y claramente diferenciados de los cementerios civiles, y los monumentos, en particular aquellos dedicados a los soldados desconocidos. Fueron estos monumentos los que se constituyeron como centros locales de culto, símbolos del sacrificio y elementos democratizadores de la experiencia de guerra —el símbolo de las trincheras como espacios de igualdad y camaradería—, centrados en la nación: «el culto a los muertos de guerra estuvo vinculado a la autorrepresentación de la nación» (p. 146). Como se encarga de analizar a través de una amplia variedad de fuentes que van desde postales hasta novelas, películas y obras de teatro, en esta construcción de la nación como «religión cívica», la apelación a la naturaleza —las *poppies* británicas son un ejemplo evidente en este sentido—, y la religión fue fundamental para poder hacer aceptable la guerra para las sociedades europeas. Con todos estos elementos, escribe Mosse, «pudo el mito de la experiencia de guerra intentar trascender el terrible encuentro de los soldados con la muerte» (p. 138).

El último capítulo de esta segunda parte es uno de los más interesantes y sugerentes de toda la obra. Allí se analiza el «proceso de trivialización» por el cual la guerra se convirtió en «materia corriente y común, dejando de ser algo tremendo y aterrador» (p. 169). Para mostrar este proceso el autor aporta una enorme variedad de documentos culturales que van desde juegos de niños —que, dicho sea de paso, tam-

bién aparecieron en países neutrales durante la Gran Guerra, como España—, hasta postales y guías turísticas. Todo esto le sirve para argumentar este proceso de «trivialización», una de las piedras angulares de la obra, que se complementó con la construcción de la nación para dar lugar a su tesis fundamental. Como explica Mosse, trivialización y nacionalización a través del «mito de la experiencia de guerra» convergieron en la «brutalización» de las sociedades europeas en los años de posguerra: «Hacer entrar la guerra en lo cotidiano fue indispensable para su mitificación» (p. 202).

Este proceso de brutalización es el eje sobre el que discurre la tercera y última parte del libro, dedicada al período de entreguerras. Partiendo del caso de las derechas alemanas Mosse muestra allí los elementos de continuidad presentes entre la Gran Guerra y las décadas posteriores. La camaradería, la violencia y la visión del enemigo externo e interno de los *Freikorps* les sirven para ilustrar este proceso de brutalización. Nuevamente, esta idea se fundamenta documentalmente a través de libros ilustrados o películas que ilustran la presencia de una imagen positiva de la guerra —y los valores «nacionales» que esta traía aparejada—, en la Alemania de los años veinte y treinta. En el camino hacia la Segunda Guerra Mundial, Mosse sitúa la Guerra Civil española —una excepción que le obliga a realizar algunos giros argumentativos, creo, no del todo satisfactorios—, para mostrar «hasta qué punto el mito de la experiencia de guerra influyó a la izquierda política tanto como a la derecha» (p. 239). En Alemania, mientras tanto, el mito de la experiencia de guerra se mantuvo vivo y se transmitió

a través de algunos jóvenes nazis, las SS y partidos como el DVP y el DVNP. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial acabó por socavar este mito al borrar definitivamente la distinción entre el frente y la retaguardia y, con ella, las trincheras como elemento simbólico articulador del mito de la experiencia de guerra. El culto a los caídos cambiaría por completo después de 1945.

En torno al elemento central del libro, el «mito de la experiencia de guerra», se analizan una amplia variedad de aspectos: los voluntarios, los cementerios y monumentos, la juventud, los caídos, la «trivialización», la «brutalización», la presencia de la religión, la memoria y todas sus representaciones. Cuando apareció *Soldados caídos* muchos de estos elementos habían sido muy poco explorados. Su aportación fue realmente novedosa y abrió numerosas vías de investigación que, como se encarga de comentar Alcalde en su estudio introductorio, se desarrollaron con intensidad en los años posteriores. La originalidad de la perspectiva cultural propuesta junto a la variedad de fuentes primarias utilizadas hicieron posible que esta obra tuviera un impacto notable en la historiografía mundial —la versión italiana apareció casi simultáneamente a la original—, y llegara a ser también un éxito de ventas.

Sin embargo, pronto comenzaron a surgir voces críticas con el libro. Fue en Francia donde se publicó probablemente una de las reseñas más críticas. Antoine Prost, referencia mundial en el estudio de los excombatientes, criticó en 1994 la validez de la tesis de la «brutalización» argumentando la presencia de millones de excombatientes pacifistas, particularmente relevantes

en el caso francés. Paradójicamente, fue en este país donde, al publicarse la traducción de *Soldados caídos* en 1999 se produjo la consagración definitiva de las tesis de Mosse. Stéphane Audoin-Rouzeau, autor del prefacio de esta edición, destacó la relevancia del libro de Mosse para comprender el paso «*De la Grande Guerre au totalitarisme*» (este fue el título de la versión francesa). En los años siguientes, en particular desde el núcleo de historiadores del Historial de la Grande Guerre de Péronne, las nociones de «trivialización» y «brutalización» acabaron por dar forma al concepto «cultura de guerra», alrededor del cual se ha desarrollado un intenso debate en la historiografía francesa en la última década y media. Frente a las tesis de la «cultura de guerra» heredera de las ideas de Mosse, autores como Rémy Cazals, Frédéric Rousseau o Nicolas Mariot —su *Tous unis dans la tranchée?* es un trabajo de enorme interés en este sentido—, apuntaron el disenso de los soldados frente a la violencia de la guerra y las tensiones internas en las trincheras para mostrar los límites de la «trivialización» y el consenso de las sociedades europeas.

En cierta manera, estos planteamientos críticos apuntaban a un aspecto que el propio Mosse había reconocido en el libro: «No sabemos mucho acerca de los verdaderos sentimientos de la gente» (p. 256). Efectivamente, como han destacado algunos autores, hay llamativas ausencias en el texto. Como he comentado, está centrado fundamentalmente en el caso alemán y las fuentes empleadas son variadas pero no recurren sistemáticamente a material de archivo. Esto tiene una cierta relevancia porque la abundante y novedosa documentación cultural

analizada no alcanza para explorar la recepción de las ideas analizadas, los «verdaderos sentimientos de la gente» o la «experiencia de guerra». En este mismo sentido, también llama la atención la ausencia prácticamente total de referencias a la historia política de Francia o Inglaterra. En cierta manera, estas ausencias llevan a Mosse a afirmar algunas percepciones que se han demostrado equivocadas, como es el caso de las supuestas unanimidades durante los primeros meses de la Primera Guerra Mundial.

No obstante, es indiscutible que las tesis de la «trivialización» y la «brutalización» han sido decisivas para desarrollar los estudios sobre la Gran Guerra, el nazismo y las continuidades y discontinuidades en la violencia durante la primera mitad del siglo XX. Aún aquellos que, como John Horne o Robert Gerwarth, han mostrado los límites del trabajo de Mosse y han ofrecido explicaciones a partir de categorías como «movilización cultural», «desmovilización cultural» y «cultura de la derrota», han planteado sus investigaciones en diálogo con las tesis del autor de *Soldados caídos*. Lo propio puede decirse de autores fundamentales que, como Emilio Gentile o Roger Griffin, han estudiado los orígenes del fascismo desde un punto de vista cultural. Por ello, este libro es una referencia ineludible para cualquier investigador interesado en la historia cultural de la Gran Guerra, el origen del nazismo y la violencia de entreguerras. Sin duda, esta traducción al castellano no solamente ayudará a difundir y debatir estas tesis sino que también contribuirá a ampliar una ya más que incipiente nueva historia cultural de la guerra que en sus múltiples expresiones, desde la Guerra Civil

hasta los casos de Marruecos o la Primera Guerra Mundial, ha dado nota-

bles muestras de su potencialidad en los últimos años en España.

Maximiliano Fuentes Codera

Universitat de Girona

maximiliano.fuentes@udg.edu

ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel, **Gil-Robles. Un conservador en la República**, Madrid, Gota a Gota, 2016, 312 págs., ISBN: 978-84-96729-92-6.

La colección de biografías políticas editada por Gota a Gota, que en el último quinquenio viene publicando buenos estudios sobre los principales hombres públicos de la España contemporánea, nos brinda ahora el de José María Gil-Robles. Su autor, Manuel Álvarez Tardío, ha decidido circunscribirlo a los años treinta, momento en el que Gil-Robles se erigió en el político más importante dentro del ámbito conservador. Verdad es que la trayectoria pública del personaje desborda este restringido lapso, pues fue una de las más longevas del siglo XX. Su precoz vocación política no le permitió, por una cuestión puramente generacional, labrarse una carrera política en la Monarquía constitucional. Cuando se instauró la Dictadura de Primo de Rivera, Gil-Robles contaba con 25 años. Para entonces, no obstante, ya había destacado como joven publicista católico y hasta había llegado a colaborar estrechamente con Ángel Herrera Oria en la redacción del periódico *El Debate*, la cabecera más señera de esta tendencia política. También se erigió en ideólogo del Partido Social Popular, otro de los frustrados intentos de crear un partido católico en España, cuando aún no tenía siquiera edad de votar. Su actividad desbordante y despierta intelligen-

cia, su especialización en el derecho constitucional comparado, y una sobresaliente formación generalista en la que su padre, catedrático de la Universidad salmantina, tuvo mucho que ver, no pasaron desapercibidos, ya antes de 1923, entre los dirigentes del movimiento católico secolar. Gil-Robles descolló entre aquella generación de propagandistas y miembros del PSP que una década después constituirían, bajo el liderazgo de aquél, la cantera de dirigentes de la Confederación Española de Derechas Autónomas.

Un rápido desplazamiento a las décadas centrales del siglo XX muestra que la carrera política de Gil-Robles no terminó, como la de tantos otros políticos conservadores, con la Guerra Civil y la Dictadura de Franco. En los años cuarenta, lo encontramos en el Consejo Privado de Don Juan, liderando la oposición monárquica a la Dictadura y hasta negociando la avenencia del PSOE a una futura restauración. Años después se convertiría en uno de los prohombres de la Democracia Cristiana española y alcanzaría notoria influencia en la Internacional homónima. Esta actividad política se prolongó, incluso, tras la muerte de Franco. A la multiplicación de contactos con otros dirigentes de la oposición y con los ministros